

## **XXVII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C QUIEN TIENE FE DA LA CARA**

Los Apóstoles le pidieron al Señor: «Auméntanos la fe». Una oración breve pero muy importante, porque la fe nos ayuda a querer.

Si creemos que el Señor está aquí en esta en el sagrario, de forma distinta de cómo está en la calle, entonces vendremos a saludarle cada vez que entremos en el colegio mayor.

Para esto hay que tener fe. Si se tiene poca fe se entiende que nos cueste entender que aquí está Dios realmente.

El cura de Ars contaba la historia de San Alejo, un chico de familia noble que deja la casa de su padre porque siente la llamada de Dios como San Francisco de Asís.

Pero pasado el tiempo vuelve a su ciudad, y con un aspecto muy cambiado se acerca a la casa de sus padres. Llevaba barba, y vestido muy pobremente nadie lo reconoció.

Pidió alojamiento, y estuvo viviendo durante años en cuchitril debajo de la escalera de la casa, como Harry Potter en casa de sus tíos.

Todo el mundo lo tenía por santo, y en esa casa murió el pobre mendigo. Y la señora de la casa ayudó a amortajarlo. Y en ese momento se dio cuenta de que era su hijo.

–«Qué tarde te he reconocido, pobre hijo mío».

Y decía el cura de Ars que eso les pasará a algunas personas, que en esta tierra son incapaces de reconocer al Señor encerrado en la Eucaristía. En la otra vida, muy tarde ya se darán cuenta de que han estado junto al Señor.

San Alejo estaba cerca de su madre, pero había que reconocerle al bajar las escaleras. Aquí en lugar de bajar hay que hacer el esfuerzo de subir.

Por eso tenemos que pedir que se nos aumente la fe.

En esta vida la fe puede encenderse o irse apagando cada vez más. Las dificultades nos van a servir para descubrir cómo es nuestra fe.

Cuando una llama es pequeña hasta un leve soplo hace que se apague, cuando el fuego es potente y el viento es muy fuerte lo que hace es avivarlo más.

Por eso cuando la fe es floja, el miedo al qué dirán hace que se vuelva cada vez más débil. Pero las dificultades también pueden hacer que la fe aumente rápidamente.

En este domingo la Palabra de Dios se centra en la virtud de la fe; y quien tiene fe es lógico que dé la cara por Jesucristo.

En la Primera lectura (*Hab 1, 2ss*) el Profeta Habacuc se lamenta ante Dios del triunfo del mal.

### **¡Qué mal está la sociedad!**

En una ocasión. Tendría yo unos treinta años me paró una señora por la calle, y me dijo:

–Padre, qué mal está la juventud.

Le debí responder algo así como: –Bueno, yo no soy viejo, y aquí estoy de cura.

Efectivamente hay gente joven que se emborracha, que pasa del punto al coma etílico, que vive la poligamia antes de estar casada. Pero aunque el mal está muy extendido, también hay personas que no son así, que se toman en serio su fe.

El profeta Habacuc, se quejaba de lo mal que estaba la sociedad, y el Señor le respondió que *quien no tenga un alma buena fracasará* en la vida, y que el que **«el justo vivirá por la fe»**.

Tener fe es ser coherente. Si somos cristianos, hemos de beber como cristianos, vestir como cristianos, hablar como cristianos. Y no disimular nuestra fe, llevando una doble vida.

En la Segunda lectura (*2 Tm 1, 6ss*), San Pablo le dice a Timoteo que no tenga **«miedo de dar la cara por nuestro Señor»**.

Contaba un famoso escritor francés, que estando en el servicio militar tenía que dormir en una camareta con cientos de soldados.

Un amigo me contaba que cuando yo ejercía de artillero del ejército algunos soldados se lavaban los pies en el lavabo.

La cosa era un tanto desagradable, e incluso peligrosa. Porque al principio introducían un pie y luego otro, hasta que descubrieron que lo más cómodo era ponerse encima, y claro acabaron rompiendo el lavabo.

Ya os podéis imaginar lo que sería hace años una camareta llena de cientos de soldados: lo más parecido al arca de Noé, donde había todo tipo de animales. Supongo que hoy en día esto habrá cambiado

Pero lo contaba este escritor es que la primera noche que estaba allí, con todo este ganado, pensó que si él rezaba en su casa las tres avemarías de rodillas, allí también debía hacerlo, aunque sentía una vergüenza tremenda.

Esa primera noche al rezar le temblaban las rodillas, pero venció el miedo.

Y con el paso de los años, un compañero de litera, ateo y de familia atea, recordaba con admiración ese acto heroico.

No pensemos que solo era valiente Hernán Cortés, o Agustina de Aragón. Hay personas que en pequeñas cosas demuestran lo que llevan dentro.

Todos podemos sentir vergüenza a rezar las tres avemarías de rodillas cuando hay personas delante, pero eso no es malo es natural. Es el miedo al qué dirán.

### **El miedo al qué dirán**

También mi amigo en el ejército tuvo que vencer el miedo al qué dirán, y quizá este fue su mejor acto de valentía.

Si quería que sus compañeros no se fueran a casas de fulanas tenía que ser más valiente que ellos.

Este conocido mío recordaba la vergüenza que pasó un día al estar en Misa. Era recién llegado al destacamento de Artillería, perdido en el monte.

En las celebraciones venía el cura, el *pater* le llamaban, pero en la Misa nunca había comulgado nadie.

Mi amigo el primer día salió de la formación, y se presentó delante del cura, que desconcertado no le dio la comunión, porque no había consagrado ninguna forma pequeña.

Después, el Comandante de puesto, el que mandaba allí, le llamó a su despacho, y le dijo:

–Mira, Artillero, yo no comulgo si no me he confesado antes.

Mi amigo le aseguró que se confesaba cuando iba a lCapital.

Pues desde ese momento todo el mundo le conoció y le respetaba, y venían a contarle cosas de su vida.

Estaba en un polvorín de Artillería, y la vida era muy dura. Algunos no aguantaban.

Los veteranos los marcaron con un hierro –como se hace con el ganado– mojado en pintura, y si te resistías era peor porque con la fregona que utilizaban para desatascar las letrinas, te pasaban por todo el cuerpo, y tenías que desinfestarte después.

La gente al ver a mi amigo estaba desconcertada, sobre todo porque el capitán, le llamaba para hablar con él y pedirle consejo.

Pero la verdad es que en ese sitio se pasaba mal. Yo he visto llorar a hombres como castillos, de rabia y de impotencia.

Una vez que pasas por dificultades te ríes del qué dirán.

Hay gente que te dice: –Por qué vas vestido, de cura.

Yo no les digo nada, me callo, pero pienso:

–Hombre, ¿qué quieres que vaya vestido por la calle con mi chándal de Atlético de Madrid?

Soy cura y tengo que ir vestido de cura.

Y la verdad, que me siento orgulloso de ir así por amor a nuestro Señor.

La fe es como una llama, que incendia nuestro corazón. Y al estar en contacto con los demás les da calor.

Por eso la vergüenza la pone el enemigo de nuestra alma para que no influyamos positivamente en los demás. Y así de paso si no quemamos también nosotros iremos enfriándonos.

Nuestra fe se tiene que manifestar en cosas concretas. Por ejemplo se tiene que notar que creemos en la presencia del Señor en la Eucaristía porque subimos a verle aunque otras personas no lo hagan. Ya vendrán.

Quizá como los Apóstoles tenemos que pedir al Señor «**Aumentanos la fe**», pero nos sólo para nosotros.

San Josemaría se la pedía al Señor cuando Jesús bajaba al altar. Te aconsejo que lo hagas siempre. Yo hoy lo haré pidiendo para que a todos nos aumente la fe.

Antonio Balsera